

JOB (traducción del francés)

La historia de Job es una de las más tradicionales y ejemplares recogidas en la Biblia. Se sitúa en el tiempo de los patriarcas, cuando José era llevado a Egipto. Ezequiel cita a Job al lado de Noé, y su nombre es evocado en el relato de Tobías. Indudablemente su aventura dramática pertenecía a un folklore no exclusivamente hebraico. En la literatura babilónica existe un cuento del "justo sufriendo"; en la egipcia, el diálogo entre "el cansado de la vida y su alma", y en la de la India el Markandeya Purana relata la hermosa conducta del rey Hariscandra quien, tocado por las peores desgracias, soporta todos sus males con heroísmo y recobra finalmente todo aquello de que había sido privado. Se puede dudar incluso de que el tema de la historia ocurra en Israel: la Biblia nos presenta a Job y a los suyos como "orientales" y, en la región de Aram, al frente de Galaad, donde las tierras volcánicas propician el desarrollo de la ganadería, se ve, a la entrada de las ciudades, montones de estiércol extraído de los establos destinado a quemarse para con él hacer abono. Ahí, por la noche, se refugian los miserables a fin de que la tibieza de las cenizas los proteja del rigor de las noches heladas.

Internacional de origen, la historia de Job tal vez no exprese, sin embargo, en menor medida, la alta espiritualidad de los judíos. Si en las ciudades sobre el Éufrates se evocaba el recuerdo de este justo, en su historia se encontraba también al mismo tiempo una hermosa lección de esperanza. Muy probablemente los tópicos de metafísica y moral que se encuentran en ella son posteriores y debidos al pensamiento del extraordinario redactor: en particular, el tema de la retribución del bien y del mal en la otra vida. En su esquema más simple, la historia de Job exalta la fe de un pueblo que, por aceptable que fuese su estercolero, se sentía en la miseria y ponía la esperanza en Dios.

Un día en que los espíritus del cielo se encontraban junto al Todopoderoso, Satán, el ángel caído, el adversario a quien toda dicha humana ofende, se mezcló con las huestes angélicas. Dios lo interpeló:

-“¿De dónde vienes?” Satán respondió a Yahvé: -“De recorrer la tierra y pasearme por ella”. Y Yahvé dijo a Satán: -“¿Haz reparado acaso en mi siervo Job, que no hay nadie en la tierra como él, hombre recto, íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal?” Respondió Satán a Yahvé: -“¿Es que Job teme a Dios desinteresadamente? ¿No has levantado una valla en torno de él, de su

casa y de sus posesiones? Haz bendecido las obras de sus manos, y sus rebaños hormigean por el país. Pero, extiende tu mano y toca todos sus bienes: ¡Verás si no te maldice a la cara!”. Y Yahvé dijo a Satán: -“Ahí le tienes, en tus manos está toda su hacienda. Cuida sólo de no descargar tu mano sobre él”. Y Satán se retiró de la presencia de Yahvé.

Cayeron entonces sobre Job todas las catástrofes. Su inmenso ganado fue asaltado por los ladrones. Los rayos quemaron sus apriscos. Una tromba demolió su casa, enterrando a todos sus hijos. Pero Job no se rebeló. -“Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo allá regresaré. Yahvé ha dado, Yahvé ha quitado. Bendito sea el nombre de Yahvé”. En todo esto, no pecó Job ni dijo nada insensato contra Dios.

Loco de rabia, Satán fue todavía más lejos. Una lepra repugnante invadió el cuerpo de Job y éste se enterró el estercolero de la ciudad rascando sus llagas con una teja. Su mujer, esa arpía que Durero nos muestra echando sobre Job un saco de inmundicias le gritaba: -“¿Todavía perseveras en tu rectitud? Maldice a Dios y muere”. Mas Job le respondió: -“Hablas como una mujer necia. Si se acepta de Dios el bien, ¿no se ha de aceptar el mal?”. En todo esto, tampoco pecó Job con sus labios.

Por su parte, sus amigos le decían que para haber recibido tales castigos era preciso que hubiese cometido grandes pecados. Job, descorazonado, invocaba a la muerte y confesaba que nadie es justo a los ojos de Dios. A pesar de las burlas y de los escarnios, Job permanecía fiel. A veces, un grito desgarrador se escapaba de su boca: “¿Por qué los impíos vivían felices y el sufría a tal grado?”. Pronto, sin embargo, volvía a su confiada oración: si sus pasos se habían apartado del camino, si sus manos se habían manchado, Dios sabría medir el peso de sus penas y tomarlas como expiación de sus culpas. Y decía a su Señor: -“Yo sé que él es todopoderoso, que ningún designio excede a su poder. Por eso retracto mis palabras y en polvo y ceniza hago penitencia”.

Finalmente, Dios restableció a Job en su antigua situación; lo recompensó con catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil pares de bueyes y mil asnos, y tuvo nuevamente siete hijos y tres hijas. Murió viejo y cargado de años.

Así, en la penitencia, adquiriendo nuevas oportunidades, el pueblo de Israel podía alimentar su alma con una esperanza semejante.